IDENTIDAD DEFINIDA Y ESPIRITUALIDAD ESPECÍFICA DEL PRESBITERO DIOCESANO

Un fruto maduro del concilio Vaticano II

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v59i208.258>

ALFONSO CRESPO HIDALGO*

INTRODUCCIÓN

En el inmediato postconcilio y como fruto de la recepción de la doctrina conciliar, en concreto *Presbyterorum ordinis*, comenzó un movimiento teológico por definir la identidad del sacerdocio y, a la vez, un fuerte deseo por delimitar, con fundamentos teológicos, la espiritualidad específica del presbítero diocesano.

La definición de la identidad del sacerdocio estuvo sujeta a diversas corrientes teológicas que dieron origen a diferentes acentos, no puramente accidentales, que delimitaron la figura del presbítero. A su vez, la propuesta de una estructuración orgánica de la espiritualidad específica del presbítero diocesano secular planteó dificultades y entrañó riesgos.

Las dificultades provinieron, por una parte, de la negación de una espiritualidad propia del presbítero diocesano o la duda sobre la especificidad de la misma, negación o duda que han sido durante mucho tiempo una constante¹. A su vez, la falta de sustento y vigor teológicos de una reflexión seria y sistemática sobre la vida del presbítero, desde sus líneas de identidad, ha sido un mal endémico de dicha espiritualidad.

No es ajeno a ello las visiones parciales acerca de la dignidad del sacerdote y de la santidad objetivamente requerida por ella, que eran poco estimulantes para la superación de las dificultades concretas de su vida y ministerio. La diversidad de enfoques, la pluralidad de puntos de partida o las distintas líneas teológicas, radicalmente ontológica o parcialmente eclesiológica, que han abordado la figura del sacerdote, tampoco han ayudado a una visión clara y distinta del mismo.

La reducción de la espiritualidad a los «medios» para la misma, medios muchas veces más propios de la vida religiosa o de una piedad poco enraizada en la vida del sacerdote olvidando la riqueza del ejercicio del ministerio como fuente de espiritualidad, también ha ejercido su influencia. La espiritualidad presbiteral

* Sacerdote diocesano de Málaga y doctor en Teología espiritual, es profesor en el Seminario diocesano y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Málaga.

1. Cf. H. Le Sourd, *¿Un aggiornamento espiritual?*, en J. Frisque, - Y. M. Congar (eds.), *Los sacerdotes. Decretos Presbyterorum ordinis y Optatum totius*, Madrid 1969, 376-383.

ha estado durante siglos demasiado condicionada por la monacal². A su vez el modelo religioso ha influido sobremanera la búsqueda de dicha especificidad. Incluso, con el ascenso del laicado en los últimos tiempos, no han faltado tentativas de concebir y vivir la espiritualidad sacerdotal como eminentemente laical³.

Los riesgos vinieron de las parcialidades: la búsqueda de una espiritualidad radicalizada en su especificidad en contraposición a otras de las que históricamente se ha dependido; la acentuación parcial de unas dimensiones, olvidando otras complementarias; o la dispersión de acentos sin llegar a una coherencia que estructure los diversos elementos en una unidad fiable y posible que articule la espiritualidad del ministerio presbiteral y aliente su vivencia existencial.

La reflexión histórica y teológica, los documentos del magisterio universal, especialmente *Pastores dabo vobis*, y del episcopado español, especialmente la reflexión impulsada por la Comisión Episcopal del Clero, y la bibliografía reciente sobre la figura del presbítero y su espiritualidad, señalan la riqueza de un largo camino recorrido que pone al descubierto la identificación correcta del presbítero diocesano y la consecuente espiritualidad propia derivada de ella.

El postconcilio está marcado, ciertamente, por momentos de crisis y cierta confusión sobre la figura sacerdotal. Pero también es un marco de gracia en el que se ha enriquecido la identidad del sacerdocio y se ha impulsado la vitalidad del ministerio. Podemos decir que hoy es común la conciencia de la identidad propia del presbítero diocesano secular y su expresión en una espiritualidad específica, que hace que el mismo presbítero se realice como «hombre espiritual»⁴.

EL DEBATE SOBRE LA TEOLOGÍA DEL SACERDOCIO MINISTERIAL

La teología del sacerdocio venía condicionada por las definiciones de Trento, un concilio doctrinal en reacción a las afirmaciones protestantes. No hubo en el concilio ningún documento sobre el sacerdocio, pero en la doctrina sobre los sacramentos, ampliamente desarrollada –sobre todo en la doctrina sobre el Sacrificio de la Misa y el sacramento del orden– se encuentran los elementos de la doctrina de Trento sobre el sacerdocio.

El sacerdocio recibido mediante el sacramento del orden, que imprime un carácter indeleble, constituido jerárquicamente, tiene el poder particular de consagrar la Eucaristía y perdonar sacramentalmente los pecados. El sacerdote viene definido esencialmente en función de la celebración de la Eucaristía y la jurisdic-

2. «Intus monachus, foris apostolus» es un principio que parece haber presidido la orientación espiritual y la organización exterior de la formación sacerdotal»: Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad Sacerdotal y Ministerio*, 14.

3. Cf. Greshake, G., *Ser sacerdote*, Salamanca 1995.

4. Cf. Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad del presbítero diocesano secular. Simposio*, Madrid 1987; ID., *Espiritualidad Sacerdotal. Congreso*, Madrid 1990; G. Moioli, *Linee storiche della spiritualità presbiterale nell'età moderna*, en F. Brovelli, - T. Citrini (eds.), *La spiritualità del Prete Diocesano. Atti dei seminari e convegni 1979-1989*, Milano 1990, 185.

ción –básica en la eclesiología tridentina– señala la posición del sacerdote en la comunidad eclesial: él constituye, con el Obispo y con el Papa, la jerarquía. Su ligamen con el Obispo fluye de la jurisdicción, no del sacramento.

El Concilio Vaticano I, en sus peculiares condicionamientos, elaboró una teología sobre el Romano Pontífice, pero no abordó los otros componentes de la estructura jerárquica piramidal: obispos, presbíteros y laicos.

1. «*Presbyterorum ordinis*» y el punto de partida para determinar la esencia del sacerdocio ministerial

Con el siglo, van surgiendo movimientos, autores que prepararán el clima para afrontar el Concilio Vaticano II, desde perspectivas nuevas. La Encíclica *Mystici corporis* de Pío XII, reconociendo la centralidad y el influjo de la gracia de Cristo Cabeza y del Espíritu sobre todos los miembros de la Iglesia, supone un giro antropológico que impulsa una nueva reflexión teológica sobre los componentes de la Iglesia y marcará las bases previas de la eclesiología del Vaticano II.

La doctrina de la sacramentalidad del episcopado y toda la doctrina conciliar de *Lumen gentium* y *Christus Dominus* suponen un cambio de perspectiva en el enfoque del sacramento del orden. Con todo, añadida a la teología del Papado del Vaticano I la teología del Episcopado en el Vaticano II, costó trabajo impulsar una teología del Sacerdocio. *Presbyterorum ordinis* vio la luz después de intensos debates y soluciones de compromiso.

En parte, fruto de ello, junto a causas de índole de cambio social, después del Vaticano II, el sacerdote se convierte en el ojo del huracán de la reflexión teológica y de la crisis del postconcilio. El Sínodo de los obispos, segunda Asamblea General de 1971, sobre el ministerio sacerdotal, quiere venir a aclarar la crisis profunda en que se debate el clero. La problemática del «ser y hacer» específicos del ministerio ordenado, diluidos en un relace del sacerdocio común de los fieles, acaparan la reflexión sobre el sacerdocio ministerial.

En la amplia reflexión teológica postconciliar y postsinodal, el debate se centrará en señalar el punto de partida teológico para determinar la esencia del sacerdocio ministerial.

2. Una cuestión esencial: la identidad del sacerdote

La urgencia por delimitar una espiritualidad pasa por la necesidad de definir una identidad. Una identidad perfectamente definida delimita y configura una espiritualidad apropiada y específica. A su vez la fidelidad creativa a una espiritualidad propia reforzará la conciencia de la propia identidad. La recomendación paulina a Timoteo, «reaviva el carisma de Dios que está en ti» (2 Tim 1, 6), integra el dinamismo de la mutua influencia entre identidad y espiritualidad.

El binomio identidad-espiritualidad, como complejidad integrante, es uno de los aportes más rico de la renovada Teología Espiritual. Así lo hemos podido

constatar también en los documentos de la Conferencia Episcopal Española y la reflexión impulsada por ella⁵. La Teología Espiritual estudia la vida del «hombre espiritual» y nos la muestra como camino, movimiento de avance en fidelidad al Espíritu. Camino en el que el propio sujeto, identidad y proceso biofísico, y las circunstancias que le envuelven, condicionarán la respuesta libre al don de la gracia de la vocación recibida. La dinámica espiritual es el concepto teológico-espiritual que estudia esta dimensión del hombre, su proceso de respuesta desde la propia vocación al don recibido. Identidad-espiritualidad y dinámica espiritual, personal y comunitaria, son los ejes de reflexión de un proyecto de espiritualidad del presbítero diocesano secular.

Primero, una identidad bien delimitada, descubriendo y potenciando la riqueza teológica –vida teologal– que encierra la vocación específica. De ella se derivará como consecuencia una espiritualidad modulada y exigida por la propia identidad. La mutua relación dará carácter y firmeza a ambas. Segundo, no se trata de una realidad puramente objetiva, sino encarnada: identidad y espiritualidad en un sujeto determinado. Encarnación que ya es dinamismo y que supone fidelidad al propio proceso, bajo la guía del Espíritu: fidelidad a todas las virtualidades de la dinámica personal y eclesial en la que toda espiritualidad toma forma y rostro, delimitando un retrato concreto: el del presbítero diocesano secular.

a) *Un nuevo punto de partida: Lumen gentium, capítulo V*

El Concilio Vaticano II, sobre todo en la Constitución *Lumen gentium*, puso unas claves de espiritualidad nuevas, sin cuya recta interpretación difícilmente se puede entender todo el movimiento espiritual reciente tanto laical como presbiteral. El capítulo V de la *Lumen gentium* incorporó a la espiritualidad de hoy la perspectiva de la *llamada universal a la santidad*: «Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad... Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multifórmemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida» (LG 39). Reconoce el concilio la peculiaridad de la práctica de los consejos evangélicos, pero abriendo su perspectiva –pueden ser abrazados en privado o en una condición o estado aceptado por la Iglesia– se rechaza la identificación entre «santidad» y los llamados «estados de perfección».

La llamada de Dios y la justificación en Jesucristo se convierten en exigencia de santidad, de perfección de la santificación recibida por el bautismo. Es este el que determina la única santidad, a la que todos estamos llamados. «Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del

5. Cf. Comisión Episcopal del Clero, *La Formación Sacerdotal Permanente*, Madrid 2004.

designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que, con la ayuda de Dios, conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron... Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (LG 40).

La llamada universal a la santidad en la Iglesia coloca a los estados de perfección en un segundo plano y da preeminencia a la caridad. Esta se convierte no sólo en el motor de la vida cristiana, sino también en criterio de discernimiento básico en el camino hacia la santidad. La caridad resume la perfección real a la que el Señor invita a todos los fieles: «Pues la caridad, como vínculo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3, 14; Rom 3, 10), rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin. De ahí que la caridad para con Dios y para con el prójimo sea el digno distintivo del verdadero discípulo de Cristo» (LG 42).

b) Identidad y espiritualidad, un binomio incluyente

Identidad y espiritualidad es un binomio incluyente. Esta es una de las conclusiones más ricas que ha generado la reflexión teológica reciente. La intensa labor de la Comisión Episcopal del Clero—recordemos el Simposio y el Congreso sobre espiritualidad sacerdotal y las diversas Jornadas de Vicarios y Delegados del Clero sobre las distintas dimensiones de la formación permanente— y los escritos de nuestros obispos y teólogos así lo certifican.

La espiritualidad es la vivencia de la propia identidad. Ya Pablo lo expresaba en una exhortación radical: «Caminad de manera digna de la vocación recibida» (Ef 4, 1). Y concreta, aún más: «Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu» (Gal 5, 25). Con estas palabras nos recuerda el apóstol que la vida cristiana es «vida espiritual», o sea, vida animada y dirigida por el Espíritu hacia la santidad o perfección de la caridad.

La afirmación del Concilio de que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad (cf. LG 40), encuentra una particular aplicación referida a los presbíteros. Estos son llamados no sólo en cuanto bautizados, sino también y específicamente en cuanto presbíteros, es decir, con un nuevo título y con modalidades originales que derivan del sacramento del orden (cf. PDV 19-20). Mediante la consagración sacramental, el sacerdote se configura con Jesucristo, Cabeza y Pastor. La especificidad de la vida espiritual de los presbíteros, marcada por esta especial configuración con Cristo, «queda caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia y que se compendian en su caridad pastoral» (PDV 21).

FRUTOS CONCILIARES: UNA IDENTIDAD PROPIA Y UNA ESPIRITUALIDAD ESPECÍFICA

El postconcilio ha sido rico en reflexiones sobre el sacerdocio y su identidad. Aspectos que en el Vaticano II estaban solo enunciados han sido desarrollados después, aunque con riesgo de reduccionismo: La sola interpretación en clave cristológica o exclusivamente eclesiológica; la presentación del sacerdocio con incidencia meramente ontológica en la persona ordenada o la presentación de un sacerdocio como ministerio meramente funcional; la dimensión demasiado verticalista u horizontalista del ministerio: culto o evangelización. La superación de estas antinomias identifica al sacerdocio y al sacerdote.

1. *Una identidad propia*

El capítulo primero de *Lumen gentium* es un horizonte configurador necesario, y a veces olvidado, de la identidad del presbítero. La clave es una visión de Iglesia como sacramento (cf. LG 1), como misterio de salvación en el que se realiza la vida cristiana: la del Pueblo de Dios, como comunidad visible y espiritual a un tiempo «peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la Cruz del Señor hasta que vuelva» (cf. LG 7); y la de sus miembros, caracterizados con carismas y servicios diferentes.

a) *El sacramento del orden, matriz de la identidad del presbítero*

Cuando *Lumen gentium* habla de la Iglesia como «sacramento universal de la salvación» quiere decir también con ello que la Iglesia constituye para el mundo el signo orientador hacia una meta que este mundo no puede alcanzar, ni siquiera perseguir con sus propias fuerzas, sino tan sólo con la fuerza de Cristo, en quien Dios ha reunido la creación entera para conducirla a una existencia que está por encima de toda realidad terrena. La Iglesia realiza su misión salvífica como sacramento universal de salvación. Y desde el punto de vista del sentido y esencia de la Iglesia resulta consecuente que aquellos bautizados llamados a desempeñar una labor específica dentro del servicio a la tarea de salvación, en cumplimiento de la voluntad expresa de Cristo, reciban su cargo ministerial mediante una acción sacramental, entrando así en la línea de la sucesión apostólica en la cual está situada la Iglesia, y de un modo especial el ministerio eclesial.

Una lectura a saltos de la riqueza del concilio ha podido provocar, resaltando la novedad del capítulo segundo de *Lumen gentium*, el olvido del punto de partida del capítulo primero. Ello ha podido originar una crisis de sacramentalidad en el sentido amplio: de reflexión teológica y vivencial. El aspecto más negativo de la crisis de la sacramentalidad aparece en las tendencias, tanto prácticas como de reflexión teológica, a una reducción unilateral de la realidad de los sacramentos. Una reducción horizontalista del cristianismo, y por tanto de los sacramentos, hace que estos sean vividos como «celebración de la vida», con una referencia vaga a Dios como su principio y término (cf. PDV 11).

Para determinar la espiritualidad del presbítero hay que contar con su identidad peculiar. Hoy existe una coincidencia general en que el sacramento del orden es la matriz que origina y determina la identidad del presbítero. El sacramento del orden no suplanta la identificación inicial del bautismo, sino que la asume desde una nueva dimensión no derivada de ella. El presbítero es un cristiano que recibe por el sacramento del orden una misión identificadora, que asume y reelabora su identidad cristiana. Muchos intentos actuales de diseñar este perfil espiritual propio del presbítero descubren, con razón, el sacramento del orden como matriz viva que posibilita, exige y configura nuestra espiritualidad. Conscientes de que el sacramento instaure unas relaciones específicas de los presbíteros con Cristo, con la comunidad cristiana y con el mundo, extraen de estas relaciones energía, motivos y estilo propio para la espiritualidad presbiteral.

Dentro del estudio de los sacramentos, la dualidad conceptual causa-efecto se ha enriquecido con el aporte del pensamiento oriental icónico-simbólico. Las categorías de símbolo y de signo indican que la Iglesia no solamente anuncia y está al servicio del Reino de Dios, sino que es su «icono», anticipación y presencia de lo que significa. El ministro ordenado, por su parte, es también un signo «visible» de la salvación de este Reino de Dios entre los hombres. Esta perspectiva de la sacramentalidad, referida al presbítero, tiene una doble significación: primero, el origen sacramental del ministerio presbiteral; segundo, el sacramento del orden convierte al ministerio presbiteral en ministerio sacramental. Esta sacramentalidad del ministerio tiene una doble faceta integrante y complementaria que tradicionalmente se ha reflejado con las expresiones «in persona Christi» y «in nomine Ecclesiae» (cf. PDV 15).

La fundamentación teológica del presbítero hace referencia a una relación cristológica fundante, una radicación eclesiológica, y una dimensión pneumatológica que cualifica la misión (cf. PDV 13-18).

b) *Diocesaneidad: categoría sacramental de referencia*

Antes del Concilio, la idea de diocesaneidad se centraba en la relación obispo-presbítero basada en la participación jurisdiccional-pastoral en la jurisdicción del obispo propio. En el Concilio Vaticano II se da un cambio de perspectiva. El punto de partida es la aportación de la teología de la Iglesia particular (cf. ChD 11) como base de una teología de las relaciones episcopado-presbiterado desde la sacramentalidad de la Iglesia particular. Emerge la «diocesaneidad» como valor espiritual (cf. PDV 31).

La dimensión trinitaria que enmarca la Constitución *Lumen gentium* fundamenta, en este misterio de Dios uno y trino, la Iglesia de Dios entendida como comunión de Iglesias; o mejor, la unidad de la Iglesia universal en la pluralidad de las Iglesias particulares. Ello es posible por medio del obispo, ligado con la diócesis y con el entero colegio episcopal. El obispo, responsable de toda la Iglesia,

como miembro del colegio episcopal en comunión con el Sumo Pontífice, actúa su misión divina en una Iglesia particular. Los presbíteros, elegidos, configurados con Cristo, enviados, están constituidos «como colaboradores» de la misión del obispo (LG 28). Y en primer lugar en la misión universal de todo el colegio episcopal, para en un momento posterior concretizarse en una Iglesia particular, a donde es enviado y se le confía una misión. Por la ordenación sacramental que afecta a obispos y presbíteros, el sacerdote queda incorporado al orden de los presbíteros y se abre, mediante un lazo de índole sacramental con el orden episcopal, a la misión universal de la Iglesia (cf. PO 7.10; LG 28; PDV 32).

Un segundo aspecto que integra la imagen espiritual de la diocesaneidad del presbítero es la dimensión colegial: La ordenación presbiteral es, ante todo, agregación al colegio presbiteral y la relación obispo-presbítero se realiza dentro del marco colegial de la relación obispo-presbiterio. La inserción eclesial tiene que estar presente en el sacramento: recibir el sacramento del orden, en modalidad presbiteral, es ser recibido eucarísticamente en el seno del Presbiterio diocesano por la autoridad sacramental de su obispo. El Presbiterio es anterior e interior al presbítero individual: su matriz permanente. El ministerio sacramental del presbítero es la inclusión de un bautizado en el colegio presbiteral que concelebra la Eucaristía. No se puede definir el presbiterado sin incluir en la definición la comunión con los presbíteros entre sí y su dependencia del colegio episcopal.

Por su mismo origen, el presbítero es un ser relacional: las relaciones constituyen su ser-presbítero. Su santidad consistirá en buena parte en vivir rectamente y en profundidad esas relaciones. La imagen teológica del Vaticano II sobre el presbiterado acentúa unos valores de comunión: colegialidad, relación, solidaridad, fraternidad, que constituyen una aportación esencialmente innovadora (cf. PO 8). Por su mismo origen, el presbítero es un ser relacional: las relaciones son constitutivas de su ser-presbítero. Y, por consiguiente, fuente de espiritualidad: presbítero-Obispo, unidos por un vínculo sacramental de cooperación ministerial; presbítero-presbiterio, en íntima fraternidad; presbítero-comunidad concreta o tarea pastoral, la cual se lleva a cabo por el envío, la misión, la palabra, la acción pastoral y los sacramentos, especialmente la Eucaristía (cf. PDV 12).

c) *Secularidad*

La secularidad es una nota constitutiva en el interior del ministerio y de la Iglesia. Ella cualifica la misión del presbítero al mundo, desde la Iglesia particular. La Iglesia particular es una realidad secular al tiempo que salvífica, es «la realidad secular en trance de salvación». Prescindir de esta dimensión sería «clericalizar» la Iglesia. Y la autonomía de lo temporal no ha de ser vista como un obstáculo, sino un medio presacramental. Y desde la perspectiva de la Iglesia particular, el mundo es un mundo concreto, con su pequeña historia, que penetra en la realidad eclesial en cuanto que, a través de los bautizados, va siendo evangelizado.

Esta perspectiva redimensiona la secularidad del presbítero desde la Iglesia particular: «El presbítero es secular por ser presbítero de la Iglesia local, de la Iglesia implantada en plena mundanidad... Pero su secularidad no nace del sacramento del orden, ni siquiera del bautismo; es previa, anterior. El bautismo la refiere a Cristo, el orden la formaliza con nuevos matices existenciales»⁶. En la parroquia, el presbítero vive su secularidad encarnado en un pueblo con la misión de hacer de sus habitantes miembros vivos del Pueblo de Dios.

En relación al presbítero, el tema de la secularidad fue abordado con frecuencia en el pasado como si el carácter secular fuese una propiedad distintiva y, para algunos, exclusiva del laico. Sin embargo, el horizonte teológico no debe buscarse en la comparación y menos aún en la confrontación entre vocación laical y vocación presbiteral, sino en aquello que le es común a ambas: la vocación cristiana. Vocación que, a su vez, presupone la vocación humana. Ya que la identidad sacerdotal no anula la identidad humana y la cristiana sino que, por el contrario, la presupone, la asume, la confirma y la plenifica.

El sacerdote, cristiano miembro de Cristo y de la Iglesia, está en el mundo, forma parte de él, camina junto a él, lo construye cotidianamente y lo vivencia como lugar de encuentro con el Dios de la vida y de la historia. Visto de esta manera, el estar en el mundo no es sólo un dato sociológico y una realidad psicológica, es una dimensión profundamente teológica. La relación entre vocación y misión es fundamental. Y también, la relación entre misión y mundo es una relación consubstancial y exigente: el mundo es el punto de referencia obligado de la misión de Jesús, y su prolongación en la misión apostólica y eclesial.

La misión de Jesús es una misión al mundo: «tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo único... Dios ha enviado a su Hijo al mundo... para que el mundo se salve por Él» (Jn 3, 16-17). Los apóstoles son enviados por Jesús al mundo: «Como Tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo» (Jn 17, 18). La comunidad cristiana surgida de la predicación apostólica tiene por misión hacer «que el mundo crea que Tú me has enviado» (Jn 17, 21.23). Ella no es sólo destinatario de la misión, sino también sujeto y protagonista de la misión de salvación en el mundo: «para convertir el mundo en Reino» (cf. PDV 32).

Un amor así genera un estilo «secular» de espiritualidad. Confiere al presbítero una «sana laicidad» que le hace vivir su sacerdocio por las calles del mundo y le impide recluirse de nuevo en el templo. El interés del presbítero por el mundo está traspasado por una inquebrantable voluntad explícitamente evangelizadora. Aun en el caso de que gran parte de la comunidad humana no esté dispuesta a abrazar la fe ni sea previsible este abrazo en el tiempo de la historia terrena, su interés por el mundo subsiste y se expresa en voluntad comprometida de activar en él los valores del Reino de Dios⁷.

6. L. Trujillo, *Relaciones propias del presbítero y su espiritualidad*, en Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad Sacerdotal. Congreso*, 161-162.

7. Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad Sacerdotal y Ministerio*, en *Espiritualidad Sacerdotal. Congreso*, 639.

2. *Espiritualidad definida*

Los múltiples rasgos que definen la identidad del presbítero necesitan una armonía, una unidad interna configuradora que delimite un «rostro identificado del presbítero diocesano». Estos rasgos, lejos de ser un conjunto más o menos caótico, son como piezas de mosaico, que se organizan entre sí para formar «un rostro espiritual con perfil propio». De este modo se resalta la «unidad y armonía de la vida espiritual» recabada por el Vaticano II (cf. PO 14; PDV 23).

a) *La caridad pastoral, horizonte configurador de la espiritualidad presbiteral*

Es doctrina común de la Iglesia que la perfección cristiana consiste en la caridad. De ello se deriva que cualquier caracterización de la perfección debe buscarse dentro del ámbito de la caridad.

La caridad pastoral, matriz de la espiritualidad del presbítero. La llamada a la santidad del presbítero diocesano, participación de la caridad donada por Dios, vendrá especificada por su vocación de pastor, será cualificada como una caridad eminentemente pastoral. La caridad pastoral, como concreción ministerial de la caridad donada por Dios, queda configurada en el «autorretrato espiritual» que Jesús hace de sí mismo como Buen Pastor (cf. Jn 10, 1-18 y 27-30 y téngase presente también toda la riqueza teológica de Dios Pastor de Israel, contenida en los Profetas y en los Salmos)⁸. La caridad pastoral, que tiene su origen en la identificación con Cristo Buen Pastor, viene ejercitada por el presbítero «en el ejercicio de su ministerio», en las diversas funciones que constituyen su servicio pastoral. Cada uno de los servicios del ministerio encierra, a su vez una gran virtualidad de amor y por tanto de perfección y de santidad.

Si la espiritualidad del presbítero diocesano tiene relación con su identidad y ésta es una complejidad incluyente, la piedra angular de este mosaico es la caridad pastoral. Su centralidad significa que todo en la vida espiritual del presbítero debe estar ordenado a la mayor y mejor vivencia y ejercicio de la caridad pastoral. Ella es la impulsora de la perfecta armonía entre el «ser del presbítero y su hacer pastoral».

La caridad pastoral, criterio unificador de la espiritualidad presbiteral. La caridad pastoral es el eje que sustenta esta unidad de la vida de los presbíteros desde sus múltiples relaciones y cualifica de forma especial todas las actitudes y acciones del presbítero, ya que especifica su vida espiritual como un seguimiento de Cristo Buen Pastor, impregnando con la caridad pastoral la totalidad de sus funciones ministeriales (la Palabra, los Sacramentos y el Gobierno). La caridad pastoral es el «vínculo de la perfección sacerdotal» (PO 14).

8. Cf. Muñoz., *Espiritualidad del Buen Pastor en el Nuevo Testamento*, en Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular. Congreso*, 437-452.

La caridad pastoral es el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero. Es participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo; es *don gratuito* del Espíritu y, a la vez, *deber y llamada* a la respuesta libre y responsable del presbítero. Según *Pastores dabo vobis*, «la caridad pastoral es aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio. No es sólo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos lo que muestra el amor de Cristo por su grey» (PDV 23).

b) *El ejercicio del ministerio, fuente específica de santificación del presbítero*

La caridad pastoral configura la espiritualidad específica del presbítero. La circularidad entre ser y hacer lleva a plantear una cuestión básica: si el presbítero está marcado por la misión, el ejercicio de su ministerio es otra clave que modula su espiritualidad, su estilo de vida como camino hacia la santidad. El ejercicio del ministerio, la misión bajo el signo del Espíritu, bajo su influjo santificador, es la expresión de esta caridad pastoral. Existe una relación íntima entre la vida espiritual del presbítero y el ejercicio de su ministerio (cf. PDV 24). El ministerio, como participación del ministerio salvífico de Cristo Cabeza y Pastor, expresa y revive su caridad pastoral, que es a la vez fuente y espíritu de su servicio y del don de sí. No es la actividad pastoral en toda su modalidad, como se ha dicho a veces, un simple «desgaste de energías» ni un «banco de pruebas» para la vida espiritual del presbítero. El ejercicio del ministerio es una fuente primordial de espiritualidad para el sacerdote. Se concreta en un triple servicio desde la Palabra, los Sacramentos y la Dirección de la comunidad en la caridad (cf. PDV 26).

Para el presbítero, el *ministerio de la Palabra* se convierte en desafío: ser testigo y mensajero fiel de la Palabra sólo es posible desde una íntima familiaridad con ella. El sacerdote debe ser el primer creyente de la Palabra, consciente de que las palabras de su ministerio no son suyas, sino de Aquél que lo ha enviado. Como profeta, no es dueño de la Palabra: es su servidor. Por ello, para poder evangelizar, el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado (cf. EN 15).

Es, sobre todo, en la *celebración de los Sacramentos* donde el sacerdote está llamado a vivir y testimoniar la unidad profunda entre el ejercicio de su ministerio y su vida espiritual. También para el sacerdote el lugar verdaderamente central, tanto de su ministerio como de su vida espiritual, es la Eucaristía.

En la conciencia del pueblo cristiano y del propio sacerdote, Eucaristía y Sacerdocio van especialmente unidos. La centralidad de la Eucaristía en la vida del sacerdote, se refleja en estas sencillas palabras del Cura de Ars, que cita el Papa en su Carta con motivo del Año Sacerdotal: «Todas las buenas obras juntas no son comparables al Sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres, mientras la Santa Misa es obra de Dios... La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la Misa... Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!».

La Eucaristía es la fuente primordial de la vida de la Iglesia y el manantial de gracia para los sacerdotes. En cada Eucaristía, el sacerdote alcanza el ámbito más alto de la expresión de la amistad con Jesús. En cada Eucaristía el sacerdote vuelve a la escuela del Cenáculo y reclinado en el pecho del Maestro hace memoria suya; el sacerdote le hace presente repitiendo sus gestos y sus palabras; y, sintiendo viva su presencia, la ofrece como alimento de vida eterna. En cada Eucaristía, también, el sacerdote participa de la «mística de la Pasión», uniendo sus sufrimientos y padecimientos a los de Cristo inmolado, con el que desea hacerse uno y compartir su destino (cf. PO 5; PDV 26).

El sacerdote, en la *Dirección* de la comunidad, *preside la comunidad*, revive la autoridad y el servicio de Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia, reuniendo «la familia de Dios, como una fraternidad animada en la unidad y conduciéndola al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo» (cf. PO 6). Este ministerio, pide al sacerdote una vida espiritual intensa, rica de aquellas cualidades y virtudes que son típicas de la persona que guía una comunidad (cf. PDV 26).

La tarea del pastor es cuidar, guiar, alimentar, reunir y buscar. Buscar es hoy especialmente necesario. Desde el seno del Padre, el Señor vino a buscar a la humanidad perdida. La parábola del Buen Pastor da fe de ello y en la parábola del buen samaritano –comenta, bellamente Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret*– el hombre apaleado en el camino representa a la humanidad caída, ante la que, conmovido, Cristo se inclina, la cura y levanta. El vino a buscar a los alejados y a ofrecerles el amor de Dios. La tarea del buen sacerdote, siguiendo las huellas de Jesucristo, es seguir buscando; hoy, más que nunca, el pastoreo del sacerdote no es sedentario, sino a campo abierto. El presbítero queda reclamado por esta instancia ministerial que afecta a su vida y se constituye en la fuente genuina de su propia espiritualidad. El ministerio es, por ello, *carisma de totalidad*. Es toda la vida del presbítero la que se implica en el ejercicio de su ministerio, quedando asumida y marcada. Es algo más denso y totalizador que la profesión o el compromiso afectivo.

c) *Espiritualidad del seguimiento: el radicalismo evangélico*

Presbyterorum ordinis dedica el capítulo III a la vida de los presbíteros. Su segunda parte habla de las peculiares exigencias espirituales en la vida del presbítero a la luz de los consejos evangélicos.

Los evangelios sinópticos vinculan profundamente ministerio apostólico y seguimiento. La misión es inconcebible sin el seguimiento. La condición primera del seguimiento como configuración con Cristo Cabeza y Pastor es, como en el caso de los primeros discípulos, «estar con él» (cf. Mc 3, 13), vivir con él: compartir su vida y su destino. El presbítero, por su condición de signo de Cristo, está obligado a cultivar sus relaciones personales con Cristo, pasar de testigos asombrados a compañeros del riesgo, hasta llegar a una íntima comunión y armonía, en una

asociación ilimitada de destino con el Señor, que le permita decir con el apóstol: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20; cf. PO 12). El seguimiento es un «modo alternativo de vivir» que penetra toda la existencia.

El radicalismo evangélico es una exigencia fundamental para todos los cristianos, que brota de la llamada de Cristo a seguirlo e imitarlo (cf. PDV 27). Esta misma exigencia se presenta a los sacerdotes modulada por su especial vinculación con Cristo Cabeza y Pastor y como exigencia de la caridad pastoral y el ejercicio de su ministerio. «La expresión privilegiada del radicalismo son los varios consejos evangélicos que Jesús propone en el Sermón de la Montaña (cf. Mt 5-7), y entre ellos los *consejos*, íntimamente relacionados entre sí, de *obediencia*, *castidad* y *pobreza*: el sacerdote está llamado a vivirlos según el estilo, es más, según las finalidades y el significado original que nacen de la identidad propia del presbítero» (PDV 27). Conviene resaltar la mutua referencia de estos tres consejos: están «íntimamente unidos».

La obediencia apostólica nos invita a reconocer, amar y servir a la Iglesia, descubriendo la riqueza espiritual de la entrega de la propia libertad responsable que acoge las exigencias de una vida eclesial orgánica y organizada (cf. PO 15; PDV 28).

La vivencia del celibato se sitúa dentro de la configuración del presbítero con Cristo, como exigencia de disponibilidad para el Reino. El celibato recibe también de la caridad pastoral su modulación específica: deviene signo público, efecto y estímulo sumamente valioso del amor primario y total que el presbítero y el obispo ofrecen a su Iglesia: «signo y estímulo de la caridad pastoral y fuente particular de fecundidad espiritual en el mundo» (PO 16; cf. PDV 29).

La pobreza como forma de vida sacerdotal viene particularmente exigida por ser un modo de seguimiento específico de Cristo y una forma de solidaridad con los marginados; es recomendada a los presbíteros por el Concilio (PO 6.17; PDV 30). La pobreza alienta la caridad pastoral del sacerdote en una actitud de vivir abierto a Dios y a los hermanos en profunda actitud de disponibilidad (cf. Mt 10, 9-10; Mc 6, 8-9), a ser enviado allí donde su trabajo sea más útil y urgente, aunque suponga sacrificio, al ejemplo del apóstol Pablo que sabía «andar escaso y sobrado; avezado a todo y en todo: a la saciedad y al hambre; a la abundancia y a la privación» (Flp 4, 12).

d) *El trato con el Amigo: la oración y la vida litúrgica*

El trato con el Señor tiene un nombre: la oración. Como expresa Benedicto XVI: «En el monte de la oración se desarrolla la amistad, sólo así podemos desempeñar nuestro ministerio; sólo así podremos llevar a Cristo y a su Evangelio a los hombres».

La oración queda configurada por la identidad del que ora. En la oración se implica toda la persona. En la perspectiva de la Carta a los Hebreos, la oración

de Jesús, tipo de la oración del presbítero, aparece como una oración-oblación. Si el presbítero quiere visibilizar sacramentalmente la dimensión que le es propia, la dimensión sacerdotal del ministerio de Cristo, ha de afirmar que, ante todo, en la oración se trata de actualizar una forma de existencia, con la que ha de identificarse: «El alma sacerdotal se esfuerza en reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial» (PO 14). La oración del presbítero adquiere, por efecto de la caridad pastoral, tonalidad netamente apostólica: por la comunidad y en la comunidad. Supone una lectura creyente de la vida real de la comunidad de la que es responsable; desde ella, la actividad orante del apóstol contribuye a la eficacia de su ministerio. La Escritura nos ha retratado esta oración apostólica en la persona de Jesús, *el primero y el más grande evangelizador* (EN 7), y en la figura de Pablo, apóstol por excelencia, explícitamente reflejado en sus cartas.

Se desprende claramente que la oración no es solo un «medio» que ayuda a vivir el ministerio, o que lo hace más eficaz y llevadero, sino que se trata de un «elemento constitutivo», que transforma la existencia solidaria y fiel en existencia sacerdotal. En esta perspectiva se encuadran toda una pedagogía de la oración y las «formas o estilos de oración», recogidos en «medios concretos» como pueden ser la Liturgia de las Horas, Retiros, Ejercicios Espirituales, oración-meditación de la Escritura, etc. Todas ellas son expresiones externas de una actitud profunda de oración-oblación existencial ante el Padre, al estilo de Jesús.

Un culto existencial: la vida litúrgica. El beneficioso acercamiento de la liturgia a la vida, promovido por el Concilio, ha vitalizado una veta fundamental de la espiritualidad cristiana. A su vez, la incuestionable unidad entre vida cristiana y misión ha redimensionado la riqueza de la celebración litúrgica en el marco de una Iglesia misterio y comunión, marcada por la misión. En la perspectiva de la Carta a los Hebreos, el culto existencial, inaugurado en el sacerdocio de Cristo en ruptura con el antiguo sacerdocio ritual, impregna de una vitalidad nueva las celebraciones litúrgicas: éstas no pueden ser ya un ritualismo al margen de la vida de la comunidad que celebra, y, por supuesto, de la vida de aquellos que concelebran. A través del año litúrgico, el cristiano es favorecido pedagógicamente a adentrarse de forma vivencial en el misterio de Cristo (cf. SC 102).

La caridad pastoral modula la vida litúrgica del presbítero: él, ministro de la Palabra y los Sacramentos, promueve, alienta y «da forma» al culto existencial en la vida litúrgica, que alcanza su cumbre en la celebración de la Eucaristía. La forma típica de tomar parte en la Eucaristía por parte del presbítero es la de la presidencia (cf. PO 5). Esta presidencia ha de ser vivida por el presbítero de modo que sirva de comunión y no de obstáculo a la vivencia eucarística de la comunidad. La relación entre presidencia de la Eucaristía y presidencia de la comunidad es una adquisición importante del Vaticano II. Sin esta *intimidad eucarística* el ministerio pierde la hondura y significado que está llamado a tener en nuestra vida personal y en la vida de nuestras comunidades.

e) *La relación con María*

La figura de María, testigo eminente del tiempo de la salvación, adquiere una ejemplaridad para el presbítero. La «gran oyente de la Palabra», que estuvo siempre en el principio del Evangelio acogiendo la Encarnación del Verbo y alentando los primeros pasos del ministerio de Jesús en Caná de Galilea, y que también acompañó los primeros miedos de la joven comunidad apostólica expectante en el Cenáculo de Pentecostés, vivenció una serie de actitudes de auténtica caridad pastoral: «Ella se nos muestra como modelo de acogida total a la llamada de Dios en la Anunciación, como ejemplo de caridad presurosa y sin cálculos en la visita a su prima Isabel, como tipo de la virginidad confiada y fecunda al entregarnos a su Hijo concebido sin concurso humano, como orante desde la fe y el amor al meditar en su corazón los misterios de su Hijo, como provocadora de la gracia de Dios y de la alegría en medio de una celebración de bodas y, sobre todo, como madre especialísima de quienes tenemos la gozosa tarea de continuar la misión apostólica al serle entregada como tal al discípulo amado por Cristo mismo en la cruz»⁹.

La misión de María, cumplida en amorosa fidelidad, consistió en acoger para sí y para todos al Salvador y en ofrecerlo al mundo. Justamente el movimiento de la caridad pastoral, motor de la vida del presbítero, está orientado a actualizar continuamente este mismo dinamismo: como María «concibió antes en su corazón que en su cuerpo al Salvador» (S. Agustín), el presbítero está llamado a darle cabida por su adhesión personal antes de darle cuerpo en su acción ministerial (PO 18; PDV 82).

APÉNDICE. UN ÚLTIMO FRUTO DE LA REFLEXIÓN NACIDA DEL CONCILIO: LA FORMACIÓN PERMANENTE

Un fruto valiosísimo de la renovación conciliar es el impulso dado a la *Formación permanente* de los sacerdotes. La exhortación paulina «reaviva el carisma de Dios que está en ti» (2 Tim 1, 6) enmarca una visión integral de la formación, en sus distintas dimensiones, y su contemplación como una formación continua, que completa y alarga la formación inicial¹⁰.

Dentro del ámbito de la Formación permanente, se sitúa la valoración del *acompañamiento espiritual*, un concepto más amplio que la tradicional dirección espiritual¹¹.

9. Comisión Episcopal del Clero, *Sacerdotes para evangelizar*, 139.

10. Cf. *Pastores dabo vobis*, VI; Congregación para el Clero, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* Parte Tercera; Comisión Episcopal del Clero, *La Formación Sacerdotal Permanente*.

11. Cf. *Pastores dabo vobis*, 80; A. Crespo, *El acompañamiento espiritual*, en Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad Sacerdotal. Congreso*, Madrid 1990, 521-548.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

1. *Magisterio*

Concilio Vaticano, *Presbyterorum ordinis*.
Juan Pablo II, *Exhortación apostólica postsinodal Pastores dabo vobis*. Roma 1992.
Cartas de Juan Pablo II a los sacerdotes, con motivo del Jueves Santo.
Homilias de Benedicto XVI, en la Misa crismal; diversos encuentros con sacerdotes, especialmente con el clero de Roma.

2. *Congregación para el Clero*

Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros. Roma 1994.

3. *Conferencia Episcopal Española: Comisión episcopal del Clero*

Sacerdotes para evangelizar. Madrid 1987.
Simposio de Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular. Madrid 1987.
Espiritualidad sacerdotal y ministerio. Documento de trabajo. Madrid 1988.
Congreso de Espiritualidad Sacerdotal. Madrid 1989.
La Formación Permanente de los Sacerdotes. Simposio. Madrid 1993.
Sacerdotes día a día. Madrid 1995.
La formación humana de los sacerdotes según Pastores dabo vobis. Madrid 1994.
La formación espiritual de los sacerdotes según Pastores dabo vobis. Madrid 1995.
La formación intelectual de los sacerdotes según Pastores dabo vobis. Madrid 1996.
La formación pastoral de los sacerdotes según Pastores dabo vobis. Madrid 1998.
Presbiterado y secularidad. Simposio. Madrid 1999.
Eucaristía y caridad pastoral, Madrid 2000.
La Formación sacerdotal permanente, Madrid 2004.
El pastor en tiempos de inclemencia, Madrid 2007.

4. *Libros sobre el sacerdocio, difundidos y leídos en España*

Conferencia Episcopal Alemana, *El ministerio sacerdotal*. Salamanca 1971.
Karl Rahner, *El sacerdocio cristiano en su realización existencial*. Barcelona 1974.
Severino Dianich, *Teología del ministerio ordenado*. Madrid 1988.
Joseph Ratzinger, *Servidor de vuestra alegría*. Barcelona 2005 (1ª ed. 1988).
Gisbert Greshake, *Ser sacerdote hoy*. Salamanca 2003.
Walter Kasper, *Servidores de vuestra alegría*. Salamanca 2008.
Enzo Bianchi, *A los presbíteros*. Salamanca 2005.
Juan Esquerda Bifet, *Teología de la espiritualidad sacerdotal*. Madrid 1991.
Saturnino Gamarra, *Manual de Espiritualidad Sacerdotal*. Burgos 2008.
Juan María Uriarte, *Servir como pastores. Claves de la espiritualidad sacerdotal*. Santander 2011.